

NEOLIBERALISMO Y SUBCULTURAS ACTIVISTAS EN LAS REDES SOCIALES

NEOLIBERALISM AND ACTIVIST SUBCULTURES ON SOCIAL MEDIA

JIMÉNEZ-RODRÍGUEZ, Jorge

(Universidad de Sevilla)

geximro@gmail.com

Resumen: Las subculturas activistas en las redes sociales se han venido caracterizando en los últimos años por un giro hacia las políticas de identidad. La pérdida de un horizonte emancipador ha favorecido el desarrollo de prácticas de acumulación de capital social en las redes, a la vez que ha fomentado un clima de moralismo que la llamada *alt-right* ha sabido debilitar en los momentos previos a las elecciones estadounidenses. Se analizan pues las formas en las que la interacción activista en red son prefiguradas por ciertas dinámicas del capitalismo neoliberal a fin de comprender mejor la reciente recuperación hegemónica por parte de la derecha.

Palabras clave: subcultura, activismo, SJW, alt-right, capital social, capital cultural, moralismo

Abstract: *Activist subcultures on social media have been characterized in recent years by a turn towards identity politics. The loss of an emancipatory goal has favored the development of social capital accumulation practices online, as well as a strong atmosphere of moralism that could be debilitated by members of the so-called alt-right just before the US election campaign. The ways in which activist interaction on social media are preconditioned by certain neoliberal dynamics will be analyzed for the sake of a better understanding of the recent hegemonic conquest from right-wing groups.*

Key Words: *subculture, activism, SJW, alt-right, social capital, cultural capital, moralism*

1. Introducción

La reciente popularización de las *identity politics* y las luchas en torno al multiculturalismo (las llamadas *Internet culture wars*) han forzado a redefinir el campo de acción política tanto en la red como fuera de ella. En el contexto estadounidense, cuya jornada electoral ha conducido finalmente a la victoria del candidato republicano Donald Trump, la asociación popular entre las políticas de identidad y el liberalismo hegemónico se ha logrado articular en una narrativa coherente y altamente beneficiosa para sus apoyos más inmediatos. Por el contrario, la campaña electoral del Partido Demócrata intentó siempre acercarse a ciertos sectores aprovechables de las culturas activistas en Internet, legitimando así la narrativa republicana que los acusaba de servir a los intereses de mercado. Si bien la pervasividad del movimiento identitario se ha hecho patente en los últimos tres años, el debate por la expansión de las políticas de izquierdas no es algo nuevo. La articulación de una única propuesta emancipadora para combatir diversas opresiones sistémicas existentes (heteropatriarcado, etnocentrismo, colonialismo, transmisoginia etc) enfrenta a múltiples subculturas activistas, tanto esencialistas como interseccionales. Si las diferencias programáticas y filosóficas son ya difíciles de reconciliar, el soporte donde se libran las batallas por “el futuro de la izquierda” favorece más bien una perpetuación de los antagonismos que deja entrever los funcionamientos del libre mercado en el ámbito social.

La recuperación hegemónica de la derecha es un proceso que viene de la neoliberalización como “proyecto de conquista hegemónica para las clases altas” (Harvey, 2000, p. 16) y cuyos precedentes podemos encontrar en los *think-tanks* como la Escuela de Chicago, la Mont Pelerin Society, el IEF o la Heritage Foundation que comenzaron a influir en los gobiernos nacionales bajo una apariencia extraterritorial. Así mismo, los partidos de la izquierda tradicional europea (como es el caso del New Labour o el Partido Socialista Obrero Español) se han visto envueltos en un “consenso hacia el centro” (Mouffe, 2000, p. 108) bajo las presiones del mercado global, intereses de clase y un contexto de aceptación del libre mercado como única forma de organización social posible. Los debates se vuelcan hacia la naturaleza y el objetivo del proyecto revolucionario, con una marcada tendencia hacia la mitigación de efectos colaterales en ese capitalismo comúnmente aceptado por todos. Según Jameson (1991), el giro ideológico viene marcado por un fuerte individualismo y la pérdida de un punto de referencia histórico. Esto permitiría la disociación de las luchas activistas con una tradición política mayor, e incluso con un marco político mucho más amplio y que podemos observar en el proceso de subjetivización total de las *identity politics*. Las redes no dejan de ser uno de esos escenarios en el desarrollo del “sujeto ahistórico” del activismo actual, en las que la nueva derecha ha sido capaz de interactuar con ellas y reconocer prácticas en común con la lógica de mercado imperante para volverlas en su contra.

En este contexto, Nagle (2017) reconoce que la *alt-right* ha sabido redirigir una actitud transgresiva (anteriormente asociada a la izquierda intelectual Europea, la liberación sexual, los “excluidos” etc.) hacia su agenda política, invirtiendo así los papeles tradicionales del activista en oposición a un bloque moralista unitario. Hay que aclarar que la *alt-right* parece más una etiqueta mediática que un movimiento unitario. Este conjunto de grupos y posiciones no debe entenderse como un programa premeditado más allá del aprovechamiento de una coyuntura concreta. No se trata de aquella CIA que vigilaba de cerca los desarrollos teóricos de los posestructuralistas franceses, sino de un percibido debilitamiento del ideario tradicional acompañada de una reidentificación del activismo como producto subcultural, como identidad. Ciertos desarrollos de la teoría posmarxista han acabado por acercar las subculturas activistas hacia esa posición céntrica fácilmente identificable con la cultura del establishment. Un ejemplo claro es el proyecto de “democracia radicalizada” de Laclau & Mouffe (1985) que, por su propia naturaleza, se ve incapaz de problematizar la propia idea de democracia como forma de gobierno. Por otra parte, dicha problematización ya había sido realizada por algunos activistas de la *blogosphere* neorreaccionaria como Mencius Moldbug. En su lugar, se cuestionan la supuesta inminencia de la revolución, la existencia de una “clase histórica

revolucionaria” y el sustrato materialista que conforma la base del marxismo como ciencia social y proyecto de cambio.

El objetivo del presente estudio consiste en la identificación de aquellos aspectos que, teniendo en cuenta la ubicuidad de las políticas identitarias en las redes sociales, pudieron ser reutilizados y reabsorbidos por un discurso que nunca dejó de ser hegemónico, pero supo colocarse el disfraz de antihegemónico en un momento clave de su desarrollo. No se trata de culpabilizar al activismo como práctica, sino más bien abrir un campo para la reflexión y la recomposición de una multiplicidad de luchas que cada vez parecen más irreconciliables. Se analizará la relación entre las políticas de libre mercado y el ámbito virtual donde dichas propuestas se debaten continuamente. Se tomarán en cuenta dos tendencias antagónicas en el seno del activismo identitario: Una primera tendencia individualizadora que constituye el sustrato que alimenta y dinamiza el giro de la izquierda hacia las *identity politics*, y una segunda tendencia universalizadora articulada como reacción ante sistemas de opresión bien definidos. La tensión entre ambas es fruto de las propias tensiones generadas en el medio en la que se articulan dichas agendas políticas, pues la forma predominante en que la digitalización afecta a la experiencia sobre nosotros mismos “está ya de por sí mediatizada por el marco de la economía del mercado global tardocapitalista” (Žižek, 1997). Se problematiza pues si la configuración de esas luchas en subculturas antagónicas en la red responde a intereses personales relacionados con la acumulación de capital simbólico.

2. Neoliberalismo, capital simbólico y redes sociales

El marxismo como método de análisis social es frecuentemente acusado de determinista, esto es, de no ofrecer más que un diagnóstico sin posibilidad de cambio (Sontag, 1966), no obstante hemos de suponer que la realidad social, política y cultural viene marcada por una estructura de mercado concreta y cuya agenda se filtra con éxito en ciertos aspectos que Marx llamaría “superestructurales”. Es decir, las políticas de libre mercado revelarían patrones similares en la organización de la vida social y cultural bajo las mismas. En ese aspecto, la idea del “determinismo marxista” no ha de entenderse como una relación de causalidad absoluta, sino como una revelación de ciertas dinámicas, que, de no establecer cierta correlación con su base económica, seguirían permaneciendo ocultas (Harvey, 2014, pp. 192-195) Recordemos que el análisis marxista presupone ciertas suspensiones del juicio para comprender un sistema de producción como el capitalismo, un sistema metamorfo, con una gran capacidad de adaptación y difícilmente reducible a estructuras fijas e inmutables. Así mismo, al analizar la red como elemento superestructural no debemos olvidar que esta es producto de la sociedad que la crea y no a la inversa. La red “internaliza las contradicciones inherentes al capitalismo” (Michael Roberts, 2004, p. 13) al conformar un sustrato de su esfera pública no exenta de ideologías, algo que, bajo la euforia del primer ciberutopismo relacionado a las movilizaciones espontáneas como #Occupy, DemocraciaRealYa o los activistas de la Primavera Árabe, no se supo reconocer en su momento.

El neoliberalismo se articula en torno a ciertas nociones sobre la libertad individual y el derecho a desarrollar el potencial creativo de cada individuo. Este “asume” que la libertad individual está “garantizada por la libertad de mercado y comercio” (Harvey, 2007, p. 7), es decir, se reviste de una agenda utópica para la reorganización de las relaciones productivas con vistas a proteger este derecho fundamental. No obstante, este proyecto de mejora “revelaría una agenda política para reestablecer el poder de las élites económicas y la acumulación de grandes capitales en manos de dichos grupos” (Harvey, 2007, p.19). Recordemos que esta concepción tan ambigua de la “libertad” incluye acepciones libres de toda responsabilidad para con los demás, pues sería el balance de mercado quien ofrece la valoración “más objetiva” ante la diversidad de intereses individuales. Podríamos rescatar las ideas randianas del *first* y *second-hander* como motores de estructuración de la sociedad neoliberal. Esta se desdobra en aquellos que, o bien han logrado el éxito o bien han fracasado intentándolo y han de asumir la responsabilidad de dicho fracaso según una lógica basada

en la posesión o carencia de “virtudes emprendedoras”. En este sentido, el supuesto determinismo marxista no es nada en comparación al que se estaría imponiendo desde la ideología del libre mercado. El “fragmento de las máquinas” de Marx ya anticipaba que en una sociedad altamente informatizada, la información se convertiría en producto social y esto forzaría al sistema a desarrollar el poder intelectual del obrero por razones de competencia y productividad (Mason, 2015, pp. 212-215). Es en este contexto en el que las cuestiones de presencia e influencia en las redes ejercerán un papel fundamental en la acumulación de capital. Al igual que en la estructura del libre mercado las empresas se ven forzadas a una competición agresiva o a desaparecer, las personas deben interactuar constantemente o su presencia en la red comenzará a invisibilizarse.

Muchos han relacionado las estrategias de *self-branding* y otras prácticas de *SMI (Social Media Influencer)* con ciertos cambios estructurales suscitados por el avance del neoliberalismo en el ámbito social y cultural. Khamis, Ang & Wellings (2016) señalan que la generación de inestabilidad y fluctuación en el ámbito laboral son el precedente a la autopromoción, el carácter transaccional de las relaciones interpersonales y la responsabilidad personal asumida en caso de fallo. Señalan además las contradicciones que surgen de identificar a los seres humanos con marcas comercializables, una reconciliación imposible entre la confianza que un producto ha de transmitir a sus consumidores y una naturaleza humana que tiende más hacia la inconsistencia. Esto genera un clima de intervigilancia y autorepresión fomentado por una participación masiva en las redes, en la que cualquiera puede señalar algún comportamiento que escape a nuestras expectativas sobre un perfil individual. Las estrategias de denuncia y el clima de discusión pueden contribuir así al beneficio personal de cada individuo, haciendo que el ciberutopismo deliberativo parezca una cosa ya casi coyuntural, relacionada con la proximidad a la crisis económica de 2009. Como señala Marwick (2010), las políticas de mercado se habrían convertido en “la piedra angular por las que se juzga un comportamiento social efectivo, tanto en uno mismo como en los demás” (p. 12). El usuario medio, activista o no, reproduce así las lógicas interrelacionales del capitalismo global en las plataformas cuyo formato nos han impuesto las grandes empresas de la Web 2.0. Señala a su vez que el clima ideológico de los desarrolladores de Silicon Valley, a medio camino entre la contracultura y el tecnoutopismo empresarial, se filtraría en la propia estructura de dichas redes, cuyo punto esencial es la búsqueda de un estatus social en un ambiente altamente competitivo.

Es en este contexto donde los conceptos pertenecientes a la “teoría del campo social” de Pierre Bourdieu (1983) nos son de gran utilidad. Particularmente el concepto de capital simbólico desdoblado en capital cultural acumulado y capital social. El primero presupone que su existencia en red se encuentra en estado “interiorizado o incorporado” (p. 136), esto es, lo conforman todas las referencias culturales del individuo cuya acumulación deriva de una inversión de tiempo personal y la conformación de un *habitus* o una predisposición “determinada por las circunstancias de su primera adquisición” (p. 141) y que además entrarían en un juego de “control y desaprobación” que regularizarían el valor que poseen (p. 143). Por ello no es raro justificar una opinión en base a los títulos académicos adquiridos o al tiempo invertido en lecturas, visionados etc. El capital, por definición, ha de revalorizarse continuamente y las discusiones y debates en diversas redes sociales constituyen el escenario perfecto para ponerlo en movimiento. Por otro lado, este capital cultural acumulado puede a su vez servir para la acumulación de capital social, esto es, la “totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos” (p. 148). Las redes sociales han facilitado enormemente la acumulación de este capital de segundo tipo, acelerando a su vez el proceso acumulativo en un marco de alta competitividad. El capital social requiere de un trabajo de institucionalización, que en el caso del activismo debería asegurar cierta cohesión de grupo mediante un “esfuerzo incesante de relacionarse en forma de actos permanentes de intercambio” (p. 153). Este último punto es algo problemático, puesto que la multiplicación constante del capital social a veces se sirve de la desintegración de dichos grupos en beneficio de miembros concretos que pueden reapropiarse del mismo, a la vez que fomenta la creación de un subgrupo de “nobles” o

representantes capaces de ejercer poder en nombre de todo el colectivo (p. 156). Por ello, Michael Roberts (2004) ya se cuestionaba qué hay de social en el capital social, prefiriendo su conceptualización como “reciprocidad aislada” (p. 471).

3. Identity politics y la “crisis de la izquierda”

Las *identity politics* suelen asociarse al ámbito de las teorías biopolíticas en el ámbito racial y de género, extendiéndose para dar visibilidad a otras cuestiones como la depresión, ansiedad, el estatus del trabajo sexual, el *lookism* y otras identidades no recogidas por los marcos teóricos antes mencionados. El defensor identitario en red se conoce popularmente como un *SWJ* (*Social Justice Warrior*), definiendo una subcultura activista que surge en ciertas plataformas como *tumblr* o *Twitter* para extenderse a un ámbito mayor. Se caracterizan más por ciertos patrones comunes en su labor activista que por conformar una estructura fija. Lo que muchos críticos enmarcan en la deriva Foucaultiana hacia la ambigua noción de “teoría” (Jameson, 1998, p. 3) se percibe en su funcionamiento más bien como una estrategia de visibilización de ciertos problemas no recogidos por las teorías políticas tradicionales, aunque la línea entre la visibilización de una identidad nueva y el reconocimiento de sistemas estructurales que la oprimen es a veces muy delgada. Los desarrollos teóricos en torno a la universalidad y racionalidad de los actores políticos han permitido estructuralizar opresiones e identidades de diversa índole y hacerlas partícipes del mapa de las luchas sociales, recurriendo a estrategias de sistematización parcial para enmarcarlas en el prestigio del que gozan actualmente las teorías identitarias en el ámbito académico. Algunas subculturas asumen que la agenda política que tradicionalmente habría de representarles estaría en su lugar discriminando y dando más importancia a ciertos aspectos opresivos sobre otros, por lo que el derecho de representación de la izquierda tradicional quedaría en entredicho.

Algunos como el recientemente fallecido crítico cultural Mark Fisher (2013) lamentaban la pérdida de la conciencia de clase en pos de un giro individualista en las luchas sociales. Otros, en la línea de la conceptualización marxista de la posmodernidad, creen más bien que la lucha de identidades centrada en las *culture wars* no es otra cosa que una lucha de clases oculta bajo el proceso de designificación capitalista (Žižek, 2009 ; Jameson, 1991, 1998). Otros, más afines al posmarxismo, han intentado incorporar o reconciliar este auge identitario a unas políticas de izquierda que deben redefinir sus bases para asegurar la inclusión de dichas identidades. Boaventura de Sousa Santos (2012), en su análisis sobre las particularidades del activismo latinoamericano, señala que “la cuestión importante no es la pérdida de la vocación histórica de los trabajadores”, sino más bien “saber por qué en los últimos treinta años estos se movilizan menos a partir de la identidad vinculada al trabajo y más a partir de otras identidades que siempre tuvieron”. Santos concluye que con la desidentificación obrera, fruto entre otras cosas del colapso de los grandes bloques socialistas y el agotamiento de las políticas de partidos, la lucha social ha encontrado otras identificaciones alternativas que “se volvieron más creíbles y eficaces” a la hora de articular reivindicaciones de clase (p. 146-147). Asumimos pues que el giro identitario no emana directamente de una lógica de mercado neoliberal, aunque su desarrollo en las plataformas digitales se encuentre prefigurado por esta. Hemos de tener en cuenta la coyuntura histórica en la que se encuentran las políticas de la izquierda tradicional para obtener una visión mucho más amplia del fenómeno.

El diálogo a tres protagonizado por Butler, Laclau y Žižek titulado *Contingency, Hegemony, Universality* (2000) constituye un ejemplo muy ilustrativo de los debates centrados en torno al posmarxismo y cómo este negocia con la posibilidad de reconciliar las identidades individualizadas con la noción de una colectividad histórica y potencialmente revolucionaria. La tesis de que con el capitalismo desaparecería todo sistema de opresión no ha resultado ser del todo cierta, el estatus de la mujer o el colectivo LGTBI en el bloque socialista constituyen ejemplos frecuentemente utilizados por sus detractores. La balanza en este caso parece haberse inclinado sobre Butler en su consideración de la hegemonía como un proyecto de “expansión de las posibilidades democráticas

del liberalismo” para capturar las distintas subjetividades y reafirmar la realidad política de las mismas (p. 13). La proliferación de incontables identidades y la filtración de la teoría en numerosos aspectos de la realidad cultural y política parecen haber virado el proyecto emancipador del marxismo tradicional hacia la afirmación de una creciente diversidad subjetiva o multiculturalidad, facilitada por una “lógica cultural del capitalismo financiero global” (Jameson, 1991; Žižek, 1997) pero no por ello menos real. Sin embargo, el marco de la biopolítica en la que cada identidad lucha por convertirse en el “sujeto histórico” de su propia emancipación presupone el fin de toda posibilidad de consenso, aunque “exista la posibilidad de un programa político dedicado a la igualdad y el pluralismo sin favorecer a uno sobre otro” (Mouffe, 2000, 124). El consenso no escrito es que la subjetividad ha conquistado el proyecto político emancipatorio, forzando al marxismo tradicional hacia la interseccionalidad o al olvido.

Sin embargo, debemos puntualizar algo sobre la interseccionalidad: Reducir el concepto de activismo interseccional a una mera categoría identitaria es caer en un error que solo la lógica de mercado competitiva sería capaz de acoger. Lo interseccional implica el encuentro de uno o más modos de ver la realidad, implica pues la posibilidad de una estrategia de contingencia que la fiera competición por el capital social ha relegado a un horizonte ilusorio. Hemos de comprender que “somos codependientes y cualquier concepción de la libertad personal como base de la ética tiene que ser coherente con esa realidad antropológica” (Rendueles, 2013, 143). Defender la interseccionalidad sin comprender cómo reconciliar otros enfoques teóricos es igual de contraproducente que afirmar que las personas solamente pueden o deberían movilizarse bajo el signo obrero.

3.1. Políticas de individualización

Las lógicas neoliberales de acumulación de capital social a través del *self-branding* no escapan a las políticas identitarias. En un marco donde la posibilidad de inconsistencia entre lo humano y el producto comercializable es patente, existe la posibilidad de denunciar cualquier práctica de *misgendering*, machismo, racismo, transmisoginia etc. y llamar la atención sobre ciertos casos particulares. Si bien a priori la tarea de toda lucha social pasa por señalar y combatir los aspectos opresivos de la cultura de masas, la estructura de las redes acaba conformando una especie de “capital social-activista”, acumulable y altamente beneficioso para adquirir ciertas posiciones de poder en la red y conformar monopolios de opinión que pueden incluso traducirse en oportunidades laborales. Este tipo de capital requiere que una serie de actores en el entorno de la red sean capaces de reconocer prácticas denunciadas y que el acto de señalización posea una cualidad positiva. Esto no siempre se hace de forma consciente, pues el capital siempre tiende hacia su propia revalorización. Es la lógica que sigue a la creciente presencia de la interconexión que, aunque no necesariamente negativa, supone un aceleramiento de la producción de capital social en diversos entornos. En muchos casos, la propia volatilidad de ciertas identidades escindidas de otras impiden una sistematización exitosa, la creación de una agenda política de cara a la superación de ciertas opresiones se vuelve un proyecto imposible aunque la posibilidad de acumulación y autopromoción siempre estará presente.

Se percibe que en el ámbito identitario los excluidos de los excluidos pueden ir conformando sus propias redes de influencia, dinamizando así la aparición de nuevas identidades y contra-estrategias. La logística de las plataformas de *microblogging* presupone un individualismo implícito en la construcción de perfiles como registros del capital social de un individuo, su capital cultural previamente acumulado, sus áreas de interés e incluso su perfil psicológico. Cuando dichas formas de capital simbólico se convierten en algo mensurable (vía “likes”, “shares” y “reacts” como sus unidades mínimas de expresión), la competición por acumular ese capital se acaba volviendo mucho más visible. En caso de disputa no suele haber duda de quién va ganando, tan solo habría que echar un vistazo a las estadísticas junto a la sección de comentarios. La acumulación de capital social y la

generación de monopolios de opinión han de entenderse desde el propio formato de una red social centrada en técnicas para la búsqueda de un estatus, cuyas “estrategias de autopresentación se encuentran directamente relacionadas con la filosofía del libre mercado al posicionar al usuario como una mercancía y a las relaciones sociales como medios para adquirir mayor atención y visibilidad” (Marwick, 2010, 437). Así mismo, las actitudes anti-pedagógicas son frecuentes en las redes. Existe un consenso implícito por el cual la existencia de Internet presupone que cada uno debe trabajar por su cuenta para comprender los desarrollos teóricos y que recuerdan en cierta manera al sujeto-emprendedor del capitalismo neoliberal. En ciertos sectores del activismo identitario bajo el modo de producción actual y ante la posibilidad de acumular capital via *self-branding*, cada cual es responsable de trabajar por su propio perfeccionamiento.

La izquierda tradicional se escandaliza ante la fragmentación y la pluralidad de posiciones que reaccionan a su proyecto de revolución emancipadora, sin embargo las escisiones en el marxismo no son algo nuevo: La ruptura con el *diamat*, los desarrollos teóricos del austromarxismo, el trotskyismo o el giro hacia el campo político como praxis autónoma son solo algunos ejemplos. Esto no puede hacernos caer de nuevo en un ciberutopismo, pero desde luego la coyuntura histórica actual supone la posibilidad de un proyecto emancipador inclusivo e interseccional, centrado, como afirma Rendueles, en nuestra naturaleza codependiente. Los debates entre proponentes de la izquierda tradicional están alimentados por el mismo tipo de caza de brujas, acusaciones de revisionismo y dinámicas que recuerdan a los días del partidismo más anacrónico. Una agenda política que dice estar del lado de la gran mayoría de la población excluida tiene las de ganar cuando reconoce que las luchas tradicionalmente colectivas se han convertido en los medios de acumulación de capital social de unos pocos. La *alt-right* comienza como una reacción anti-identitaria, tan sólo hay que observar la cantidad de material en YouTube dedicado a exponer contradicciones en el discurso de las *identity politics* para darse cuenta de que esto ha servido de bisagra para un discurso alternativo de cohesión capaz de suplantar la tolerancia por el amoldeamiento a una identidad puramente nacionalista y excluyente. El nacionalismo es mucho más fácil de vender como un discurso “para todos”, en particular “para los oprimidos”, que otros discursos autocontenidos, pues la propia historia de estos los vincula irrevocablemente a una supuesta voluntad popular. Žižek (1997) reconoce que las identificaciones subjetivas y las construcciones de género surgen de esta crisis del estado-nación como agente representativo en un contexto de globalización cada vez más acelerada (p. 42), sin embargo Harvey (2000) afirma que el estado neoliberal posee un carácter transitorio, recurriendo a una agenda neoconservadora siempre que esta sea capaz de generar el consenso necesario para el funcionamiento del libre mercado (p. 83). La realidad es que el mercado global no necesariamente depende de una forma de gobierno democrática.

3.2. Políticas de universalización

A la vez que se da esta tendencia a la fragmentación, nos encontramos con que se sigue promoviendo la concepción de que las opresiones estructurales solo pueden combatirse mediante el establecimiento de una contra-estructura monolítica efectiva, una confrontación entre las *PC politics* (corrección política) vs. *systems of oppression* (bloques opresivos). Esto implica necesariamente una mayor necesidad de organización y estructuración que, sin embargo, convive con el mantenimiento de una fricción “epistémica” (Medina, 2011) en la que las identidades subjetivas han de mantenerse en oposición permanente para evitar ser reabsorbidas y canceladas. Laclau, en su discusión sobre el particularismo y su cuestionamiento de la identidad de clase, reconoce que las posiciones individualistas caen en la contradicción de apelar a cierto universalismo para justificarse (cit. en Tormey, 2001, p.5), es decir, en lo incompatible entre identidades cada vez más diferenciadas y el estatus de “sujeto histórico” revolucionario. Este movimiento desde la singularidad hacia lo universal es lo que permite lo contradictorio de una ética personalizada pero

que debe ser unánimemente aceptada por todos, y sobre la que siempre puede operarse para perpetuar las prácticas de acumulación de capital social.

La posibilidad anteriormente discutida de acumular cierto “capital activista” mediante la denuncia de opresiones o relecturas de supuestos programas originales genera cierto clima de intervigilancia que da paso a un fuerte moralismo generalizado. La característica que más enemigos ha grajeado al movimiento identitario quizá sea su esencialismo incontestable, es decir, la jerarquización de los participantes en proporción a las experiencias de opresión vividas que deviene en una competición por un “capital de sufrimiento”, por llamarlo de alguna forma. Tomar conciencia de dicho esencialismo no es algo negativo a priori, pues hay que recordar que cualquiera que pretenda participar del debate tiene que ser consciente de la posición desde la que se toma partido. Sin embargo, esto entraría en conflicto con el creciente carácter intervigilante en el que identidad y activismo pro-identitario se funden en una sola cosa, dificultando enormemente los procesos comunicativos y pedagógicos en torno a ellos. La ilusión de esa “apertura al otro” quedaría cerrada en pos de un antagonismo que suele definirse como “empoderador”. El empoderamiento sería un concepto clave en la biopolítica, desplazando a un lado el horizonte de emancipación colectiva para dar paso a un escenario que reproduce la lógica neoliberal de competición agresiva: el colectivo más fuerte debe sobrevivir. Por otra parte, el reconocimiento de prácticas opresivas traiciona sus propios fundamentos filosóficos. Se asume que la sociedad en sí es un constructo y que la batalla cultural pasa por la deconstrucción de dichas prácticas sociales. ¿Por qué ese rechazo fundamental a la pedagogía como arma de cambio? Esta no debería ser incompatible con el empoderamiento de los colectivos oprimidos. La estrategia de cambio presupondría entonces una aceptación unánime sin un proceso de aprendizaje previo, sin una deconstrucción del privilegio entendida como proceso y no como estado.

Como se señalaba antes, los grupos marxistas tradicionales también se someten a las mismas lógicas neoliberales de acumulación de capital social en red. Estos obedecen a una tendencia universalizadora en la que las “particularidades totalizantes” de los activistas identitarios son detectadas y denunciadas también con objeto de fortalecer sus propios monopolios de opinión. El debate sobre el estatus de la clase obrera como “sujeto histórico” se encontraría en el foco de atención. Entre los proponentes de este último grupo, la práctica generalizada es la de señalar como “posmoderno” o “revisionista”, normalmente mediante un ejercicio de exégesis de los textos clásicos como capital cultural que se revaloriza al ser empleado como contra-argumento. Otra tendencia es la de promover un comunismo de bloques, reivindicar las grandes estructuras socialistas como la antigua URSS o la militarizada Corea del Norte como únicas estructuras capaces de resistir al sistema de producción capitalista de forma efectiva, pero irónicamente esto sigue siendo una posición minoritaria. Se cae así en la trampa de la totalización absoluta. La historia del marxismo demuestra que al estudiar los textos fundacionales todos reinterpretamos y favorecemos unos aspectos sobre otros, pero apelar a concepciones de “pureza” o “cientificismo” supone en realidad otra forma de fortificar tus argumentos ante cualquier ataque. Algunos miembros de la *alt-right* y la *blogosphere* neorreaccionaria centrados en cuestiones de “biodiversidad humana” también apelan a ambas cuestiones para justificar cuestiones como la supremacía blanca.

En la conquista de la opinión pública, las *identity politics* han logrado imponerse como una fuerza que, aunque contradictoria, apela al reconocimiento de las libertades individuales, algo que puede ser fácilmente aceptado por una generación que no se ha educado con una presencia marxista fuerte. El neoliberalismo ha hecho todo lo posible por aniquilar esa presencia, y durante años lo ha conseguido. Si esta conquista responde verdaderamente a la integración del individualismo en la superestructura social debe ser también una cuestión a problematizar, pues el paso a un plano hegemónico cuestiona si algunas de sus propuestas no han sido consecuentemente reabsorbidas y canceladas al convertirse en un producto cultural altamente rentable para ciertos eventos y entidades. Todo producto subcultural o cultura emergente (Williams, 1973) es susceptible de

mercantilización, especialmente si pretende formar parte del rango de ideas aceptadas por el grueso de la población. El neoliberalismo además implica la movilización libre de capitales hacia distintos sectores, haciendo de toda subcultura una opción de vida con sus propias características de consumo. Sin embargo, solo podemos asumir una cancelación parcial al continuar por otro lado la opresión sistemática sobre ciertos colectivos.

Esta derecha renovada ha sabido aprovechar la existencia de un clima de intervigilancia moralista para situarse en el lugar de los perseguidos y legitimar sus ataques como resistencias. En este sentido, la *alt-right* tiene más en común con la cultura de la transgresión y el defensor neoliberal de “los derechos inalienables del individuo” que con el conservador católico medio (Nagle, 2017). Existe una tendencia a culpabilizar de antemano la falta de cohesión de la izquierda o a la pérdida de horizonte político que ha supuesto el surgimiento de múltiples propuestas de izquierda. Quizá sea pertinente problematizar la idea de altruismo en las redes sociales, en las que se dan “interacciones esporádicas con un grado muy bajo de implicación personal” (Rendueles, 2013, p. 96), restringiendo las situaciones de altruismo a un número de eventos que producen una respuesta empática masiva. Esto es válido tanto para la imagen de Aylan Kurdi como para la muerte de Harambe. Como bien lo analiza Nagle (2017) en su último libro, la respuesta empática siempre puede generar una oleada de ironía y rechazo a la sensibilización de los *mass media* que fomenta prácticas transgresivas en el seno de un nuevo modo de entender el conservadurismo.

4. Conclusiones

La *alt-right* ha ido medrando entre los intersticios de ambas tendencias opuestas: (a) La reafirmación de identidades que implica la parcelación de las luchas y opresiones, posibilitando la acumulación de capital social y el desmantelamiento de un proyecto político común (b) la necesidad de construir una estructura efectiva en oposición que deviene en un moralismo generalizado y un estado de intervigilancia. Ha sabido no parecer la “cultura del establishment” sin haber traicionado nunca los intereses de la misma, logrando recuperar la presencia mediática que las políticas de identidad parecían haberse apropiado. El nuevo ideario de la derecha conoce la vulnerabilidad de un moralismo en bloque que a su vez sirve intereses particulares, en parte porque ha sido siempre su posición histórica. Los monopolios de opinión se han articulado en infinidad de casos sobre ciertos representantes que terminan por abandonar una lucha colectiva. Es difícil no relacionar una actitud antipedagógica con métodos de acumulación de capital social, al igual que es difícil no asociar la falta de un proyecto político concreto con una pérdida de la historicidad colectiva. Desde luego un diagnóstico determinista poco puede hacer por la posibilidad de un cambio real.

La estrategia de bloques antagónicos en la red pasa por asegurarse el favor de una mayoría ideológica sin importar tanto la política, en la tradición del conservadurismo norteamericano tradicional la lucha por la cultura (*cultural warfare*) es siempre encarnizada y posee repercusiones políticas tangibles. Esto revela cierta hegemonización del discurso activista subcultural en el ámbito de las políticas identitarias que deriva en la formación de un bloque moralista que se aproxima al centro hegemónico, facilitando así su propia contra-estrategia. Hillary ganó el voto popular, pero su apropiación de las luchas sociales con fines electorales se hizo más que evidente. Muchos a este lado del espectro político sintieron que Sanders representaba mejor los intereses de la izquierda pero tuvieron que callar ante un bloque moralista que había tergiversado el esencialismo feminista: Hillary “tiene que ganar” porque otro agente no femenino en la presidencia llegados a este punto es inconcebible. ¿Es esto una moral individualista que ha de ser universalmente aceptada? Muchos partidarios de la nueva derecha supieron reconocerlo así.

Al mismo tiempo, la pugna por la priorizar ciertas luchas sobre otras ha sido siempre un fenómeno mucho más típico de este lado del espectro político. Podría decirse que la *alt-right* es en realidad mucho más liberal y capitalista-realista. Su giro hacia el proteccionismo y las políticas raciales no

amenaza a las relaciones ni al sistema de producción, de hecho, han apoyado abiertamente al heredero de un poderoso imperio inmobiliario. En la batalla por la cultura, el rango de propuestas promovidas por sus ideólogos dispone de una aceptación por parte de un ejército de reserva subcultural activo en foros, cuya cohesión interna fluctúa entre una Realpolitik ahistórica, la transgresión por la transgresión y las teorías conspirativas en un contexto fuertemente marcado por la ironía autocomplaciente y lo momentáneo. En esta coyuntura, se han sabido aprovechar las contradicciones internas del activismo identitario y su praxis en las redes para deslegitimar toda su agenda política. Según Harvey, el neoconservadurismo se ha centrado sobre todo en solucionar las tensiones que el fomento de los intereses individuales ha generado mediante un giro ideológico hacia la cohesión social (Harvey, 2000, pp. 82-83), es decir, mediante la militarización, el nacionalismo, la creación de una “amenaza externa” (normalmente centrada en la inmigración) y la oposición al activismo social en bloque. Este “nacionalismo” no sería sino un disfraz ideológico que aseguraría el consenso social para la libre circulación del mercado mundial. Así mismo, afirma que la mercantilización y el carácter transaccional de las relaciones humanas acaban minando el propio concepto de solidaridad, e incluso la propia idea de sociedad (p. 80). Cuando el concepto de libertad queda reducido a “libertad de empresa”, generamos un vacío en el orden social (Harvey, 2000, p.80) por el cual es difícil restringir o problematizar “la libertad de negar la libertad del otro”. Cualquier noción de ética individual se vuelve vulnerable ante la posibilidad de no respetarla. Por una parte, esas “libertades de opresión” serían por definición incompatibles con la forma de gobierno democrático que implica la coexistencia de fuerzas que se niegan unas a otras y que tanto debate han suscitado sobre las formas de gobierno. La gran paradoja de la democracia es cómo legitimar la participación de todos los grupos sociales cuando algunos se basan en la negación de la existencia de otros, esto es, ¿cómo puede darse voz a un colectivo como BlackLivesMatter y a los seguidores de Richard Spencer en la misma plataforma y mantener la ilusión de un consenso posible?

Más que responder a una demanda de síntesis o superación, una praxis política que busque aglutinar una multiplicidad de luchas debe adaptarse a las demandas identitarias, pero comprendiendo los procesos y las luchas sin caer en la ahistoricidad que impone el sistema económico neoliberal. La lucha social en las redes debe, ante todo, desindividualizarse si quiere romper el ciclo de acumulación de capitales y monopolios, esto es, si quiere materializar sus luchas culturales en un programa político concreto y efectivo. El problema recaería entonces sobre cómo desindividualizar sin desobjetivar el entorno, sin excluir doblemente a los ya excluidos de los entornos participativos. Cómo bien dice Rendueles, “deberíamos desconfiar de aquellos programas que no solo no dicen nada sobre la dependencia mutua [...] sino que literalmente no pueden decir nada sobre ella” (Rendueles 2013:152), pero si algo nos debería enseñar el materialismo histórico es precisamente la necesidad de no mirar a formas pasadas de organización social, de superar las actuales con conciencia histórica y no olvidarnos de un horizonte emancipador.

5. Referencias

- Bourdieu, P., & Inda, A.G. (2006). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, P., & Ruiz de Elvira, Ma. del Carmen. (2002). *La distinción: Criterios y bases sociales del gusto*. México, D.F.: Taurus.
- Butler, J., Laclau, E., Žižek, S., & Žižek, S. (2011). *Contingency, Hegemony, Universality*. London: Verso.
- Fisher, M. (2013, November 22). “Exiting the Vampire Castle”. The North Star. Retrieved from: <http://www.thenorthstar.info/?p=11299>
- Harvey, D. (2011). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Harvey, D., & Marx, K. (2013). *A Companion to Marx's Capital*. London: Verso.
- Jameson, F., & Anderson, P. (2009) *The Cultural Turn: Select Writings on the Postmodern*

- 1983-1998. London: Verso.
- Jameson, F. (1991). *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*. London: Verso.
 - Khamis, S., Lawrence, A., Welling, R. (2016). "Self-branding, 'Micro-celebrity' and the Rise of Social Media Influencers". *Celebrity Studies*, 1-18.
DOI: 10.1080/19392397.2016.1218292
 - Laclau, E. & Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
 - Mason, P. (2016). *Post-Capitalism: A Guide to Our Future*. London: Penguin Books.
 - Marwick, A.E. (2010). *Status Update: Celebrity, Publicity and Self-Branding in Web 2.0*. New Haven: Yale University Press.
 - Medina, J. (2011). "Toward a Foucaultian Epistemology of Resistance: Counter-memory, Epistemic Friction and Guerrilla Pluralism", *Foucault Studies*.
 - Mouffe, C. (2009). *The Democratic Paradox*. London: Verso.
 - Nagle, A. (2017). *Kill All Normies: The Online Culture Wars from tumblr and 4chan to the alt-right and Trump*. Winchester, UK: Zero Books.
 - Santos, B.D. (2012). *De las dualidades a las ecologías*. La Paz: REMTE – Red Boliviana de Mujeres Transformando la Economía.
 - Tormey, S. (2001). "Do We Need 'Identity Politics'? Postmarxism and the Critique of 'Pure Particularism'". *ECPR Joint Sessions Institute of Political Studies*, Grenoble 6-11.
 - Rand, A. (2016). *The Fountainhead*. New York: Signet.
 - Rendueles, César. (2013). *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*. Madrid: Capitán Swing.
 - Roberts, J.M.
 - (2004). "What's 'Social' about 'Social Capital'?" *BJPIR* 6: 471-493.
 - (2003). *The Aesthetics of Free Speech: Rethinking the Public Sphere*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire: Palgrave Macmillan.
 - Williams, R. (1973). "Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory". *New Left Review*, I/82:5-16.
 - Žižek, S.
 - (2009). *First as Tragedy, Then as Farce*. London: Verso.
 - (1997). "Multiculturalism, or, the Cultural Logic of Multinational Capitalism". *New Left Review*, I/ 225:28-51.